

# OBSERVATORIO

Por RAFAEL ESTENGER *db 22/44*

## LA CULTURA EN MARCHA

Un grupo de amigos —poetas y escritores: Nicolás Guillén, Labrador Ruiz Fernández de Castro y yo— parlotemos con el doctor Carlos Saladrigas respecto a problemas culturales. Fué una plática accidental y ligera. Días más tarde, el ilustre candidato de la Coalición Socialista Democrática me participó que “vería con gusto un amplio cambio de impresiones con distintos representantes de la cultura nacional, a fin de estructurar unidos, un programa mínimo de trabajo que pueda ponerse en práctica rápidamente, si soy electo”. Y el cambio de impresiones tuvo lugar ayer en los salones del Hotel Nacional.



Figuras ilustres de las ciencias y las artes, hombres de varias generaciones y jerarquías, se congregaron para escuchar la voz de quien es sin duda un genuino representante de la mejor “inteligencia” criolla. Le respondieron don Carlos de la Torre, nuestro glorioso “decano” de la investigación científica, y el doctor Fernando Ortiz egregio portavoz de la asamblea. Los oradores subrayaron la sorpresa con que reciben los intelectuales cubanos el llamamiento de un candidato presidencial que se preocupa de sus asuntos.

Por lo que a mí respecta —a mí, personalmente, como simple amigo llamado a la tarea de organizar el acto— no puedo ocultar que la fiesta constituyó una satisfacción irreprimible. Fui quien lanzó la iniciativa. Fui, en consecuencia quien primero recibió los dardos venenosos, que no me lastimaron ni una fibra del ánimo. Conozco bien la mala arcilla con que el Señor forja a los hombres y me preparo contra todos los venenos. Hoy puedo llamar “bella cosecha”, como Darío en las palabras liminares de sus “Prosas”, al “entusiasmo sonoro” y la “envidia subterránea”. Pero también, deseoso de poner las cosas en su sitio, debo proclamar que no me corresponde más que una parte ínfima del éxito alcanzado. A fin de cuentas, el mejor laurel no debe ser para los organizadores, ni para el propio Saladrigas que propiciara el acto, sino para los intelectuales cubanos que respondieron “¡Presente!” con una limpia voluntad de servicio y cordura cívica.

Sin embargo, considero que en el fondo de la copa hay un residuo de ceniza. Muy pocos opositoristas han sabido comprender el alcance verdadero del intercambio de pareceres. En vez de críticas debiera provocar emulaciones. Nuestros hombres de letras y de ciencias no deberían sentirse realmente satisfechos hasta que actos como el de ayer tomasen carta de naturaleza entre nosotros. Ahora es la primera vez que se realiza. Conformes. Pero que no sea la última. Cuando los candidatos presidenciales acostumbran a rendir a los hombres de pensamiento idéntico homenaje —el noble homenaje que consiste en llamarlos y en oírlos— la República habrá avanzado positivamente una etapa más de su cultura cívica.

La primer dificultad que tropezó la comisión organizadora —sobre cuyas espaldas gravita la responsabilidad de las invitaciones— fué la avalancha de señores que se creían “llamados” al banquete. Y, en nombre de la Comisión, debo aquí consignar una advertencia. El doctor Saladrigas no disponía de tiempo ni reposo para dictar la lista de invitados y delegó en la comisión para la tarea. Delegó plenamente. Todo “olvido” —involuntario o exprofeso— debe atribuirse a la única y exclusiva responsabilidad de los comisionados.

Nuestro país —entre otras viejas taras— sufre la peor forma de confusión: la confusión de los valores. Nadie se desacredita ni acaba de acreditarse. Y hay que poseer una voluntad casi heroica para hacer frente a las “parejerías” vernáculas. Un señor que sólo canta mientras se baña, con la fatal consecuencia de atormentar a los vecinos, quiere obligarnos a que lo tengamos por cantante. Un aficionado a las “bellas” letras, que escribe cartas picúas y articulitos antiprosódicos, reclama tratamiento de escritor. Un pintamano, que falsifica rostros ajenos por impericia para copiarlos, no admite que se le diga menos que “genial caricaturista”. Y lo peor de toda esta falsa vida, esta vida sustentada sobre convenciones hipócritas, es que cada hombre sabe perfectamente quién es y se esfuerza angustiosamente en disimularlo. Lo conocía la Comisión al aceptar la encomienda y ha cumplido de buena fe la obligación de procurar que el ágape fuese lo mejor posible.

No obstante, reconoce que tuvo errores, que incurrió —o pudo incurrir— en verdaderos olvidos, y por ellos —¡sólo por ellos!— me pide que publique sus disculpas. El ideal hubiese sido que no hubiera quedado un sólo intelectual sin la invitación oportuna. Pero, a la verdad, la Comisión confía en que los olvidos han sido realmente pocos. Cuba es chiquita y aquí todos nos conocemos.

*Información, at 22/44*